

josé antonio ramos en el ensayo

Ramos. Su entusiasmo, su romanticismo. Pero también su rencor . . . Y ¿qué puede haber ahí? Cuando tocamos ese punto, parece como si fuera a aclararse ese momento de nuestra historia, que corresponde a la primera generación republicana. Por ello estas notas pretenden dibujar, aunque apuradamente, algunas contradicciones que en los ensayos de José Antonio Ramos encontramos.

Pues ¡cuánta confusa contradicción ocultaba aquel afán de nuestro escritor por llevar al artista americano a una tronitosa actitud de sacerdote de la idea! Por una parte Tolstoy, W. James, Whitman, el culto a los héroes, el romanticismo, y la búsqueda de lo cubano, el desprecio al arte por el arte, la exaltación del hombre práctico, por otra se conjugaban en los ensayos de Ramos, con mezcla que nos lleva a la interrogación, sobre la equívoca actitud humana escondida detrás de ese mare magnum. Actitud, además, de esa primera generación republicana, que reclamaba como ideal un nebuloso apostolado (recordar a Poveda hablando de sus versos: “si el yo creador, el yo absoluto, reconoce, propaga esta obra precursora, no es sino por la fe absoluta”) o se volvía, aunque con fárrago de disparatadas influencias, hacia una expresión americana y sencilla.

Es que había en nuestro ensayista una extraña imposibilidad para agarrar la circunstancia. A veces, trata de describirla, otras busca valores que la trasciendan. En cuanto a referir la circunstancia, es indudable que su romántica queja le surge de la experiencia: “la exigencia en que regularmente nos hallamos los cubanos jóvenes de la clase media, venidos al mundo cuando nuestros padres se arruinaban por hacer patria, y que se traduce en la lucha por el miserable destinito de sesenta pesos mensuales, con la obligación de trabajar en la oficina desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde”. En este texto vemos, pues, lo tenso y enquistado de un vivir adolescente, cuyas lecturas eran “un fárrago desconcertante de traducciones de la casa Sempere”, lle-

vando, en su voluntad por transformar el medio, la rigidez con que éste lo ha marcado.

Y en cuanto a su afán por buscar valores que trascendieran su circunstancia, se puede considerar otro texto de Ramos: "A España, a la América Latina no nos unen más que nuestro idioma y nuestros vicios. Tal vez sea esto último, en cambio, lo único que nos separa de los Estados Unidos". Una convicción que explica sus equívocos, sus errores. Combate la influencia yanqui, pero situándose en idéntico nivel. Así como en **Tembladera** ofrece como héroe a Artigas, es decir, a un personaje que viene a ser la traducción criolla del hombre de negocios norteamericano.

Pero ¿qué misión se propuso Ramos con sus ensayos? Llevar la literatura al sermón, para convertir al hombre de letras en sacerdote de una nueva religión, de una nueva religión llena de fantasmagorías como: Progreso en sentido positivista, culto a la Idea, etc., es decir, con fetiches que al final sólo vienen a ser un reverso de la sórdida circunstancia que se pretendía trascender.

Y si queremos sorprender el enquistamiento que esa misión implicaba, podemos volver sobre un tema en que se fijó la generación de Ramos: el choteo. Pues el choteo no es para esa generación algo atroz (nos dice Ramos: "ve sabiendo caro lector que **una punta de choteo** —como es preciso decirlo en nuestro argot criollo— me ha hecho siempre el más feliz de los mortales"), sino, al contrario, una expresión asimilada, y sin embargo la reacción de nuestro ensayista ante el choteo es la de quien se sabe sin sólido relieve: "cuando mi voz fuese oída por mis compatriotas con la atención necesaria, sin recelos, sin temor al degradante **choteo** que hoy macularía con su baba la hermosa sinceridad de mis palabras". Porque en esta cita se revela, más que el rechazo a un elemento negativo de la circunstancia, el terror de contrastar lo artificioso de "una conciencia social impregnada de religión" y llena de alegorías arbitrarias, con la bulliciosa expresión del desparpajo cubano. Y es que no había en Ramos una conciencia intelectual capaz de asumir las contradicciones de su circunstancia, así como no había en los narradores cubanos de su generación un serio intento por penetrar en la situación que pretendían describir; al contrario, la actitud que adoptan es la del predicador que inmoviliza la realidad en bloques cerrados: aquí, en esta parte —parecen decir—, están los cruzados del Ideal; allá, en frente, como gigantes alegóricos desprendidos de una novela de caballería, están el choteo, lo español, la reacción.

En cuanto a la forma con que estos ensayos habían de ornar su sentido misional, Ramos clamaba por una literatura romántica. Parecía entender por ella una expresión que estuviera cernida sobre los problemas más inmediatos de su pueblo, aunque dictando, siempre, **las grandes**

leyes del idealismo universal. Sin embargo —pese al desprecio que manifestaba por los **artistas puros**—, hablaba del modernismo considerándolo un **Proto-Romanticismo**, y no dejaba de mostrar, en sus ensayos, cierto decorativismo retórico. Con ello ejemplificaba (recordar también el caso de Alma fuerte) una línea de escritores hispano-americanos que, bien mezclan su ingenuo lirismo romántico con formas pomposas de la retórica; bien expresan sus aspiraciones naturalistas a través de una heteróclita decoración modernista.

Tampoco al referirnos al sentido formal de Ramos, podemos olvidar aquello de "A España, a la América Latina no nos unen más que nuestro idioma". ¡Tremendo alejamiento de lo espiritual! Esta incomprensión del vínculo del idioma explica la mirada, categorial y rígida, del ensayista, deteniendo la expresión española en límites pétreos; revela también su absoluta falta de ligereza al tocar el fenómeno literario, así como su incapacidad para deslizarse sin mecanicismos enquistados por un hecho de cultura.

Pero, además, esta incomprensión del lenguaje, esta hostilidad hacia las formas artísticas nos lleva a preguntarnos por la zona de intimidad en que surgirían. Pues siempre en Ramos encontramos el rechazo de la literatura, junto con el afán por entregarse a la acción: en sus Memorias, después de afirmar "que no puedo dejar de ser lo que soy, que no puedo vivir con los demás, dejando que el tiempo y la vida me pase bajo el balcón", añade: "Drama, novela, ensayos, artículos . . . todo me parece . . . no sé cómo decirlo: enojoso, vulgar, difícil". ¿Quizás aquí, una frialdad última lo llevara a buscar eso que, a veces, puede haber de máscara en la acción?

Pero ¿no hay análisis en Ramos? ¡Tene él, sí, un inquieto interés por acercarse a las costumbres, pero su mirada no es crítica. Por eso, sus ensayos sobre la realidad cubana, terminan en sermoneo, o en sátira ornada con trastes alegóricos y funambulescos; con trastes semejantes a objetos desprendidos de una liturgia laica. Comparemos, por ejemplo, el estudio de Francisco Figueras sobre nuestra evolución colonial, y el Manual del Perfecto fulanista de Ramos; Figueras, aunque lastrado por ingenuas concepciones positivistas, se atiene en sus sencillas y objetivas descripciones a las manifestaciones más inmediatas de la circunstancia; Ramos, al contrario, enreda su aparente análisis de la realidad con su confuso idealismo y lo pétreo de su tensión.

Conviene referirse en esto del análisis en Ramos a su actitud ante el sentimentalismo cubano. El ensayista se acerca a nuestro ambiente clavando esta certera afirmación: "suele darse el sentimentalismo como una consecuencia del interés". Esto explica y justifica su desconfianza ante cierta zona de nuestro romanticismo, así como su insistente prédica por imponer aquellos valores que, aunque carentes de prestigio

sentimental, arraigarían en nuestras costumbres un sano estilo de vida. Pero cuando nos acercamos a lo que él propone como nuevas calidades: adhesión a un sentido progresista, cultivo de la Ciencia, análisis de nuestras realidades más inmediatas, etc., vemos de nuevo su convicción: "algunos de los postulados de Comte persisten hoy a través de todo el mundo civilizado y van arraigando cada día más profundamente en las conciencias", y comprendemos que esas calidades que nos propone están lastradas en su pensamiento, no sólo por surgir de una anacrónica concepción positivista, sino también por ser la expresión de un culto idealista: "Hay una conciencia social impregnada de religión", "trabajamos porque estos dogmas se afirmen en las conciencias cubanas".

Es que, también aquí, volvemos a encontrar la marca que dejó en nuestro ensayista el mundo colonial cubano. Pues su idealismo es consecuencia de esa falsa religiosidad bajo la que se formaron los cubanos en la colonia y que trajo como resultado, en la primera generación republicana, el que sus escritores adoptaran posiciones en que, con absurda mezcla, se unía lo social con símbolos, mal disimulados, de ese catolicismo que ellos pretendían rechazar. Fijémonos en las confusas razones con que Ramos justifica su separación de la religión: "fue ese cielo lo que en mí despertó mis primeras dudas, poco después de conocer ciertas cosas en la práctica antes que en la Historia Natural. Recuerdo que yo era un místico vehemente y que sufrí después de aquello un vivo arrepentimiento. Pero ocurrióseme certificarme de si en el cielo habría mujeres, y de nada sirvieron los esfuerzos de mis consejeros para despojar a las angelicales criaturas del paraíso de sus celestiales cuerpos: desde entonces consideré el cielo definitivamente perdido para mí". (He aquí una confesión digna de aquel seminarista Juan de la novela de Miguel de Carrión cuya importancia como personaje clave de los equívocos de nuestra primera generación republicana ha significado Mario Parajón en su ensayo sobre **La primera novela de Carrión**). Y así, Ramos busca, con sus teorías sociales, "la misma cifra psíquica de la 'salvación de los cristianos'", por lo que su obsesión con la Religión —de la cual parece tener conciencia, pues en su ensayo sobre Proust nos habla de la necesidad del hombre contemporáneo de sustituir lo sagrado, con un sentimiento fetichista por determinado fragmento de la realidad— resulta reveladora de su condición de hombre nacido en la Cuba colonial, así como aclara cierto costado de su sentido positivista.

José Antonio Ramos, el ensayista que aspiraba a un "optimismo severo y frío", no logró sin embargo librar su discurso de una nota quejumbrosa. Pero su queja no trasciende al análisis: queda, enredada, entre las otras piezas de su discurso. Y es que hay en Ramos, pese a su innegable obsesión por el diálogo, un egotismo enquistado: el gesto de orador romano bajo el cual hubiera querido mostrarse, no oculta total-

mente la aspereza con que se acercaba a lo exterior. Y así, cuando en su obra teatral **La Leyenda de las Estrellas** aconseja, con sentido de la injusticia social, al joven inmigrante que guarde su secreto hasta que logre imponerse en el nuevo medio social, no logra desprenderse, sin embargo, de cierto tono nietzscheano.

Ramos individualista. Héroe nietzscheano... No podemos zafarnos de la tentación de acudir a un texto: se trata de los estudios sobre Literatura popular de Gramsci, donde se nos dice: "De todos modos me parece que se puede afirmar que una gran parte de la sedicente "superhumanidad" nietzscheana tiene como único origen y modelo doctoral no a Zaratustra, sino a **El Conde de Montecristo** de A. Dumas". "El carácter popular del 'superhombre' contiene muchos elementos teatrales exteriores de 'primadonna' más que de superhombre; mucho formalismo 'subjectivo y objetivo', ambiciones infantiles de ser el 'primero de la clase', pero especialmente de ser considerado y proclamado por tal". ¿No parecen estas observaciones, como entregándonos una vía para llegar a esa equívoca zona de un Jesús Castellanos —invocado por Ramos como a maestro— donde los héroes no sólo se embadurnan con la filosofía de Ingenieros, sino también con cierto oropel nietzscheano? Y, en el mismo Ramos, ¿no parecen sus héroes enarbolar la espada de la Justicia con la saña vengadora del Conde de Montecristo? Sí, sus héroes no dejan de tener un reverso rencoroso, y si no llegan a manifestar su feroz individualismo es por la férrea religiosidad positivista a que él se agarraba.

Aquí, otra vez la Religión. Ese superhombre positivista, cuyos ornamentos parecían encarnaciones de las alegorías de una logia masónica, es consecuencia de la lamentable atmósfera clerical cubana. Formada la generación a la que perteneció Ramos en las prácticas de un culto regido por sacerdotes españoles de indigno ministerio, su reacción estuvo coloreada con los mismos tintes sórdidos de ese mundo clerical del cual se querían desprender. Es decir, no hubo en Cuba —y no lo podía haber—, como en los países de la vieja Europa, un movimiento religioso frente al cual se opusiera otra tradición, sino lo estéril de una estúpida enseñanza impuesta por clérigos extranjeros, y en la orilla opuesta un movimiento **librepensador** alimentado con revolico de influencias: masonería, anarquismo, literatura folletinesca.

"El nombre de Emerson nos recuerda a todos los de la presente generación algo de nuestras ideas, de nuestras lecturas", nos dice Ramos. Poco queda que explicar en esta cita. Emerson es el símbolo del abigarrado sacerdocio que buscaba aquella generación (un sacerdocio anti-clerical y positivista dedicado al culto de la Sociología —según Ramos, la Sociología era "nuestra buena diosa tutelar"). Y así, cuando Ramos, desconfiando de la Emoción (una emoción con mayúscula) por

ver en ella como el oscuro fondo de la falsa religiosidad de la época colonial, trata de reaccionar oponiéndole la serenidad de su **hombre fuerte**, todo se le vuelve aderezar adminículos retóricos y fabricar nuevas emociones de una arbitrariedad desconcertante: "Según nuestro proyecto —decía de un extraño rito con que quería someter a los guajiros—, los jóvenes que en cada año cumplan su primera edad legal para ejercer el derecho al sufragio, deberán asistir en un día determinado del año a la plaza pública, ataviados de una manera simbólica, tradicional y sencilla —el típico traje del guajiro cubano, por ejemplo, todo en blanco—. "Y los declarados así verdaderos 'ciudadanos', los jóvenes consagrados hombres, congregariánese ese día de fiesta nacional para celebrar su advenimiento a la vida civil, oyendo la palabra de algún venerable Maestro, y entregándose a toda lícita alegría, condigna de la solemnidad".

Nuestro ensayista se lamentaba de que en la guerra de Independencia "se perdió casi totalmente la juventud de 'élite'", y el rencor de esto lo lleva a no aceptar más que el rígido enquistamiento en un ideal universal, donde la ligereza de los **artistas puros** —a quienes también llama, con voz clerical, "hermanos pródigos"— es anatematizada. ¡Extraña confusión, que no deja, sin embargo, de ser una constante de nuestra literatura! Se le propone a la juventud (recordar el mensaje de Ramos a los estudiantes, en 1927) un ideal sobrio, puritano: deben de abandonar todo tipo de algarabía romántica, y en vez de entregarse a una cuestionable lucha sediciosa, su deber está en ordenar sus vidas, consagrándolas a lo útil (entiéndase profesión mecánica). Sin embargo, en lo que se refiere a los literatos, sucede todo lo contrario; si éstos se deciden a sumergirse en su oficio, se produce el escándalo: no, para los hombres de letras, parecen decir, sólo el sacerdocio del ideal, la entrega mesiánica al culto... Y aquí viene la extraña paradoja, mientras se le echa en cara a un poeta la dedicación a su obra, como si fuera la expresión de algo vergonzoso y oscuro que lleva la etiqueta de **arte puro**, se le alaba, sin embargo, cualquier alambicado estilo, trasnochado y románticoide, donde retóricas alegorías sobre la Humanidad, la Ciencia, etc. pasan como elevada expresión de utilidad pública y de acercamiento a los semejantes.

Por eso Ramos, habiendo confesado su pesar ante un "ambiente horrible como el de La Habana", nos dice después del personaje de una novela: "Al cabo de otros diez años de vivir en Madrid, el mismo Ramiro vería los hechos de su propia existencia en forma inútil para la novela". ¡Extraña incapacidad para penetrar en lo creador! Parece como si al mirar otro paisaje proyectara la circunstancia cubana; o que su anacrónico positivismo lo hubiera insensibilizado para las innovaciones de la

literatura europea ("la decrepita Europa", nos dice) en las primeras décadas de nuestro siglo.

También es que, en nuestro ensayista, no ensambla lo real con lo ideal. Si aplicáramos a su estilo la vieja distinción de fondo y forma, considerando lo real como el fondo y lo ideal como la forma, pudiéramos decir que su contenido realista se expresaba a través de una forma llena de ideales anacrónicos; de aquí que no sólo la realidad resultaba insuficientemente expresada, sino que, al estar comprendida bajo una forma inoperante y retórica, dejaba de mostrar su relieve más esencial, para sólo aparecer en su dimensión más inmediata y chabacana.

Otro rostro de la búsqueda de **lo cubano** es el rencor de Ramos hacia **lo español**. Claro que era la actitud natural de quien pertenecía a un pueblo que se había independizado del yugo colonial español después de librar una violenta y prolongada guerra. Pero lo lamentable es que ese rencor no venía a derribar pésimas tradiciones, sino a traer una manera de considerar las cosas de la cultura como si éstas pudieran separarse en cerradas categorías. Lo americano quedaba así —Ramos lo traía bajo perspectiva anacrónica: la que había ofrecido el argentino Juan Bautista Alberdi, en alegoría donde **Luz del Día**, escabulléndose de Europa, venía a reposar, deliciosamente, a nuestras playas— como un brulote que había que penetrar, después de ponerlo frente al brulote de lo español.

Quizás si la dureza que Nicolás de Heredia, en su estudio sobre **La sensibilidad en la poesía castellana**, vio en **lo español**, no procedía también de ese tremendo esquistamiento a que parece haber llegado el cubano en los últimos tiempos de la colonia. Es como si la crítica cubana de aquellos tiempos sólo proyectara la sordidez de su circunstancia, al tratar de tocar la expresión española. Pues parece haber en la actitud de esas generaciones del final de la colonia y comienzo de la república una especie de curioso equívoco: encuentran en la expresión española la misma sombría aspereza que en ellas se manifiesta.

Esta similitud con aquello que se combate, lo ejemplifica José Antonio Ramos con "La leyenda de las estrellas", su mejor obra teatral. En esa pieza, el autor se desliza, con gracia, en la unión que nos propone entre la anécdota central de la obra y un tema clásico. Pero acercándonos a la pieza —que Ramos envió a Gustavo Galarraga como "inspiración de un momento y labor de sólo dos o tres días"— captamos cierto estereotipado tonillo en que se manifiesta la tramoyería del autor. Y esto, hasta desde los prolijos detalles con que se trata de aclarar a los personajes: "Movimiento del Joven Polizón que lo mismo puede significar, en su primitividad, preparación para la fuga que concentración de energías para el ataque". Pero lo más inquietante es fijarse en el diálogo de esa pieza. Es un diálogo teatral, estereotipadamente teatral, pero sin ma-

tiz, sin sombra. Y he aquí lo más curioso, ese diálogo es, también, como ese hablar del español del cual Unamuno tuvo la intuición: "sus impresiones . . . son lentas y tenaces, faltándoles el **nimbo** que las circunda y une como materia conjuntiva, el **matiz** en que se diluye la una desvaneciéndose antes de dejar lugar a la que sigue". Volviéndose el asunto más interesante cuando reparamos que en las piezas de Ramos en que éste pretende manifestar lo nuestro, el fracaso es lamentable: los personajes aparecen como grotescos títeres, a quienes se les obliga a repetir dicharachos populares. Es que la expresión cubana no se presta a ese encajonamiento de diálogos que parecen tomados taquigráficamente.

Por ello, podemos sospechar contradicción en el anti-españolismo de Ramos. (Recordar también su **Satanás**, semejante, en el ambiente, a **La Leyenda de las Estrellas**: en esa obra, Ramos presenta personajes españoles, fluyendo los diálogos con esa **ligereza pétre**a que puede sorprenderse en el habla hispánica). Pues no era este un sentimiento que se apoyara en la revalorización y crítica que, de su ambiente, estaban haciendo las principales figuras intelectuales de España —Ramos, en su contacto con lo hispánico sólo parece tomar sus elementos más pétreos— sino el anti-españolismo de un hombre formado dentro de lo mismo que pretende combatir.

Consecuencia de esto es que Ramos confiese en sus **Memorias**, al tropezar con el mundo mejicano: "Ahora es cuando más claro me doy cuenta de la profunda influencia que Norteamérica ha ejercido sobre mí. Mi instrumentalismo deweyano se siente cohibido ante esta Civilización en que el azar lo rige casi todo". Es la paradoja de un pragmatismo que tiene terror de rodar sobre las cosas, y, de nuevo, en esta posición vemos repetidos los errores de los pensadores americanos del siglo XIX. Recordar a Sarmiento. Este, en su **Vida de Juan Francisco Quiroga**, también reacciona contra las costumbres de su raza, con criterio de pedagogo positivista influenciado por el adelanto técnico de los Estados Unidos, siendo aleccionador el resultado, al ostentar su razonamiento, por las contradicciones que asoman en el relato del Facundo, su ingenua y arbitraria calidad de cosa yuxtapuesta.

Y, también en Ramos, acaban por aparecer los resultados de su fatal y lamentable posición. Así, lo sorprendemos ante una novela confesando la neurótica desconfianza hacia los valores espirituales que su actitud implicaba: "A esto he llegado en mi avidez de lo importante, en mi manía del aprovechamiento trascendental del tiempo: leer una novela me parece un desliz, algo impropio de mí mismo. Y sin embargo, cada día me siento más incapaz de asir la Realidad; mi divorcio con el medio y los hombres que me rodean se hace más profundo. Vivo como si ya me hubiere muerto y hubiera sido condenado a quedar viviendo mentalmente". Y otra curiosa contradicción: su desmesurada alabanza al pen-

samiento pragmatista del filósofo norteamericano W. James está llena de las exageraciones y arrebatos líricos con que se expresaba, precisamente, esa misma **pasión latina** que tanto le interesaba borrar de las manifestaciones de los cubanos. Se patentizaba ahí, pues, cómo Ramos quedaba aprisionado en **los vicios** que pretendía erradicar de su circunstancia: su gesto **progresista** de defensor de las ideas pragmáticas sólo es un cambio exterior superficial; al final, queda lo aparatoso y solemne del orador romano. (Recordar que la cubierta de su libro *Entre Actos* está adornada con la melodramática figura de un romano, en pose de orador; y es en este libro donde se nos hace el panegírico de James, y donde se proponen, como virtudes, los ideales puritanos del practicismo yanqui.)

José Antonio Ramos mostraba en sus ensayos —mezcla de ejercicio retórico, de estampa costumbrista— temas que sirvieran de meditación. A veces, sus hipótesis sobre la realidad cubana se ilustran con agudas observaciones. Así, por ejemplo, cuando toca en los equívocos de nuestra circunstancia, mostrando detalles: "La pelea de gallos, por ejemplo, y la lotería, tradicionalmente arraigadas en nuestras costumbres, fueron **conservadas** por los llamados **liberales**, en tanto que los **conservadores** tendieron siempre a arrancarlas". O también cuando inquiriendo en las peculiaridades de nuestras clases sociales sorprende, intuitivamente, zonas oscuras de la realidad cubana: así, en su acertada captación de ese recelo, de esa sórdida astucia del campesino: "Porque lo que el campesino admira más, naturalmente, es lo que él persigue como arquetipo para modelar su propia vida. En tanto que quien no se deja engañar prueba su hombría, el que **sabe engañar** a los otros tiene demostrada su superioridad sobre los demás hombres, es profundamente admirado, y todos se confían a él como seguros de no caer tan bajo si son engañados por tan grande maestro, como caerían si lo fuesen por cualquier individuo desposeído de ese prestigio **sui géneris**".

Otra característica de los ensayos de Ramos es que parecen estar dirigidos a un auditorio, y no a la intimidad del lector. Es decir, que están centrados en lo colectivo. Pero, con ello, vuelven esas contradicciones que entorpecieron la expresión del ensayista. Pues a veces, repasando su obra, se tiene la sospecha de que la insistencia de Ramos por lo "social" no es un auténtico querer trascender, sino una necesidad sicológica. Y que por ello quizás la raíz de las confusiones que le encontramos estén en ese extraño y enquistado egotismo que a veces, paradójicamente, busca su expresión a través de un rígido molde social.

"Perdí toda mi infancia —nos dice—, mi adolescencia y hasta mi juventud en un tanteo esterilizador e inútil". Y ¿no será esta frialdad, esta enajenación de sus años juveniles, lo que lo llevó a la rencorosa búsqueda de un férreo molde de vida donde sólo tenía sentido la ac-

ción? Pues la insistencia de Ramos por trascender su intimidad, recuerda la advertencia de Emmanuel Mounier: "Verdad es que cuando un hombre se ha vuelto de esta manera hacia su interior, puede perderse y volverse loco. Pero ¡cuidado! La ausencia de intimidad es otra forma de locura, aunque apenas se la advierte, por ser una locura sociable".

Locura exterior, locura fría. De nuevo muestra Ramos aquí el parentesco con su generación, formada bajo el anacrónico positivismo de Varona. (Claro que hubo la natural reacción frente a ese magisterio. Así, Poveda nos dice: "Aquí todos, con Varona a la cabeza, han estado guardando el museo, reproduciendo sus baratijas para el mercado local, y vaciando en ramplona escayola sus escasas 'chef d'oeuvres', para el comercio de cabotaje". Y el mismo Ramos llega a pensar en sus Memorias que "E. J. V. es posible que no haya cumplido plenamente su función"). Verdad es que también llegó él a acercarse a algunas figuras contemporáneas: Rilke, Fournier, Proust. Pero a este acercamiento, más bien lo movió cierto confuso sentimentalismo, pues junto a él se encuentran confesiones tan increíbles como éstas: un "mentecato" como Paul Morand; James Joyce, "príncipe del onanismo literario"; "un Péguy, un Claudel, o un T. S. Eliot, hoy a la moda entre los inconcebibles 'jóvenes reaccionarios' de algunos compartimentos estancos"; "El poeta con el encanto inefable del ritmo, con el sensualismo de la bella forma, puede penetrar en el alma atribulada, y acariciarla dormida por lo menos . . . ¡Quizás por eso mismo detesto la poesía!".

En los últimos años de su vida y ante un Dios que "a fuer de sinceros" marca con comillas, Ramos vuelve a montar su viejo tinglado positivista. Pero confiesa, también, "yo me paseo hace tiempo, mucho tiempo, por el Camino de Damasco. Vivo casi permanentemente en él". Y conmueve esto, porque el caso de Ramos es ejemplificativo de las limitaciones y vicisitudes de nuestra literatura. Conmueve, sí, tanto como inquieta, esa humanidad que en él se muestra; esa humanidad que trata de vencer los fallos de sus circunstancias con el pesado fondo de una tradición confusa y contradictoria. Conmueve esa sinceridad suya, lastrada por anacrónicas concepciones, como, también, la autenticidad de su queja: "Los que escribimos en español no podemos librarnos de cierta melancolía". Pero ahí estaba el Camino de Damasco por los últimos años de nuestro ensayista, así como su fe en los valores humanos de una nueva sociedad sin clases. Y esto nos permite pensar que el misterio de su vida lo había conducido al borde de comprender las palabras que hubieran podido borrar el confuso aparato de conceptos que la sombriedad de su circunstancia le había impuesto; las palabras que le hubieran dado, sin enquistamiento, la poesía de lo humano: "Si yo hablo lenguas humanas y angélicas y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y entendiese to-

dos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que traspasase los montes, y no tuviese caridad, nada soy. Y si reparatiese toda mi hacienda para dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tengo caridad, de nada me sirve".

LORENZO GARCIA VEGA